

## **LA IMPERIOSA NECESIDAD DE UNA ÉTICA**

Una de la alegorías que los humanos encontramos más aterradoras es el mito de un “notario sobrenatural” al cual nada puede escondersele, quién registra todas las acciones -las buenas y las malas, las nobles y las viles- y confronta al hombre con ese registro el día del Juicio Final. Este mito es cierto, psicológicamente hablando. El notario es el mecanismo integrador del subconciente del hombre: su sentido de la vida. El sentido de la vida es el equivalente pre-conceptual de la metafísica: una valoración emocional, subconcientemente integrada del humano y la existencia. Fija la naturaleza de las respuestas emocionales del humano y la esencia de su carácter.

Antes de que pueda aprehender tal concepto como la metafísica, el humano elige, formula juicios de valor, experimenta emociones y adquiere una visión implícita de la vida. Cada elección y juicio de valor implica un estimado de sí mismo y del mundo que le rodea; y aún más importante, de su capacidad de lidiar con el mundo. Este mecanismo subconciente resume sus actividades psicológicas, integra sus conclusiones, reacciones y evasiones en una suma emocional que establece un patrón habitual y se convierte en su respuesta automática al mundo que le rodea. Lo que comenzó como una serie de conclusiones (o evasiones) acerca de sus problemas particulares, se convierte en sentimiento generalizado acerca de la existencia: una metafísica implícita. Tiene ésta el poder motivacional de una emoción constante, básica, que es parte de todas sus otras emociones y subyace todas sus experiencias. Este sentido de la vida le da su sentido de identidad. En la medida que su intelecto esté activo, motivado por la voluntad de conocer, de entender, su sentido de la vida se convierte en la brillante contraparte de una filosofía racional.

El concepto clave en la formación del sentido de la vida es: lo importante. Es un concepto que pertenece al terreno de los valores, lo que se valora es importante, si no importa no puede tener valor. No significa lo mismo que los valores morales; importante no significa necesariamente bueno. Es un término metafísico, sirve de puente de la metafísica con la ética, de puente con una visión fundamental de la naturaleza humana. Esta visión involucra las respuestas a tales interrogantes como: ¿es el universo conocible o no? ¿tiene el humano el poder de elegir? ¿puede alcanzar sus metas en la vida? Las respuestas a tales preguntas son juicios de valor metafísicos, forman la base de la ética.

El sentido de la vida representa la suma de las primeras integraciones valorativas del humano, formado incluso antes de que tenga suficiente conocimiento para alcanzar completo control conceptual de su mecanismo interior. Este completo control conceptual significa un proceso conscientemente dirigido de integración cognitiva, una filosofía consciente de la vida.

Para vivir el humano debe actuar, para actuar debe elegir, para poder elegir debe definir un código de valores. Para definir un código de valores debe saber lo que es y dónde está. Es decir, debe conocer su propia naturaleza y la naturaleza del universo en el cual actúa. Esto implica que necesita de la epistemología, la metafísica, la ética, en suma, de la filosofía. No tiene escapatoria, su única alternativa es si la filosofía que lo guía la elegirá su mente o la casualidad. Hay pues, una necesidad de una filosofía en el ser humano, sin ella queda a la deriva, sin integrarse verdaderamente su personalidad, carente de control sobre su desarrollo y sometido a las veleidades de una realidad exógenamente determinada que no puede comprender.

Nuestro querido compañero, Andrés Rodríguez Rubio, en el libro que nos ocupa en el día de hoy *Ética de la empresa*, extiende a la empresa el imperativo de la necesidad de una filosofía, en específico de una ética que guíe su acción. Presenta convincentemente el hecho ineludible de que la empresa, o actúa éticamente para con las naciones, los consumidores, el ambiente,

los empleados, los accionistas y la sociedad en general o, su existencia se verá amenazada por el creciente descontento que generará. Actuar así, éticamente implica en todo momento dos vertientes complementarias: no hacer daño intencionadamente y promover activamente el bien común. La sociedad global está apostando el porqué la empresa, operando dentro de una relativa libertad de acción, aportará significativamente al desarrollo de justicia económica, de mayor libertad individual y colectiva y de mayor bienestar. Si la eliminación de la desnutrición y el aumento notable en los servicios de salud y educación no comienza a vislumbrarse como un fin alcanzable, la sociedad global tendrá que buscar alternativas que seguramente implicarán el desmantelamiento del ordenamiento económico actual.

Esperamos que el sentido vital de la empresa, su respuesta consciente a las exigencias del mundo que la rodea, su valoración de lo importante, conscientemente fundamentada en una ética empresarial, le lleven a contribuir a la creación del mejor de los mundos posibles, además de garantizar su propia perpetuidad.

*Alfred Crouch*